



Damián Selci
Teoría de la militancia. Organización y poder popular
 Buenos Aires,
 Editorial Las Cuarenta y el Río sin Orillas
 Colección Cuarenta Ríos
 2018
 200 páginas

La Utopía del país militante

Rocío Fernández¹

Teoría de la militancia. Organización y poder popular es un libro que inmediatamente interpela, que deja al lector entre la espada y la pared y que, por ende, incomoda. Si bien es verdad que la activa militancia kirchnerista de Damián Selci, el autor de este ensayo, no debe ni puede ser pasada por alto – para comprender, por ejemplo, entre otras cosas, la lectura que se hace de la crisis política, económica y social del 2001 o del conflicto que enfrentó al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner con el sector agropecuario en el año 2008-, es

importante destacar que esta teoría de la militancia no es una postulación particular que apunte al militante kirchnerista sino que, por el contrario, intenta universalizar la figura y la función de la subjetividad militante. En este sentido, y más allá de coincidir o no con la línea política del escritor, este libro es un gran aporte a la teoría política contemporánea latinoamericana: no sólo porque nos conduce a pensar nuestro propio posicionamiento en el presente sino porque logra cubrir el vacío creando una teoría en, para y desde la militancia que, sin ser un manual del buen militante, permite reivindicar y resignificar la tan

¹ Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Becaria de la Universidad Nacional de Mar del Plata (beca de iniciación a la investigación) e integrante del proyecto de investigación “Anacronismo latinoamericanos: una mirada comparativa de las literaturas y las artes de los entresiglos XIX-XX y XX-XXI”, dirigido por

el Dr. Ignacio Iriarte dentro del grupo de investigación “Latinoamérica: literatura y sociedad” dirigido por la Dr. Mónica Scarano (CELEHIS). Actualmente cursa la Maestría en Letras Hispánicas dictada en UNMDP. Mail de contacto: rociofernandezunmdp@gmail.com

denostada práctica de la militancia política.

El libro abre con una Introducción en forma de pregunta, “Por qué perdimos y qué significa ganar”, que estructura toda la publicación – en definitiva, uno podría afirmar que el ensayo intenta responder esas dos cuestiones – y que, además, a medida que nos adentramos en la lectura, se transforma en un acuciante y repetitivo eco que susurra en el oído del lector. Hay en el estilo de Selci una admirable capacidad para transferirle al otro las dudas e inquietudes que parecen haber guiado su razonamiento y eso se debe, en gran parte, a la claridad con la que expone sus ideas; la sensación que prevalece mientras transitamos las páginas es entonces la del asombro de enfrentarnos con aquello que, paradójicamente, por exceso de evidencia, no lográbamos ver del todo.

En esta línea, ya en las primeras páginas se explicita el punto de partida que motiva y ordena la escritura, al mismo tiempo, que el marco teórico desde el que se va a abordar la cuestión: “si la teoría del populismo permitió fundamentar (al menos en parte) el ascenso político y el ejercicio gubernamental de las experiencias populares latinoamericanas, *la ‘falla’ de estas experiencias debe reconducirse a la misma ‘teoría del populismo’*” (13) (la cursiva es del original). En el primer capítulo, Selci analizará los postulados de Ernesto Laclau para proponer una dialéctica del populismo que posibilite un “avance teórico”; para esto, el autor demuestra que si bien el Sujeto del populismo laclauiano es una construcción, es decir, consecuencia de una articulación discursiva, una vez constituido adopta una apariencia de sustancialidad que produce un relato mítico en el que el Pueblo queda

como Inocente y la Oligarquía como un Parásito. Este fenómeno de la inversión genera, por ende, la creencia de que el antagonismo está por fuera y, de esa manera, configura una fantasmagoría de plenitud que sería interrumpida por un intruso – la Oligarquía. Si bien Laclau es consciente de que el Pueblo no es un a priori, Selci demuestra, a partir de las críticas de Slavoj Žižek al populismo y de la teoría lacaniana del *objeto a*, que, en efecto, la falla de la teoría es que el relato de la inocencia sustancial del Pueblo configura un “cierre idealista” que exterioriza el antagonismo y termina despolitizando al Sujeto.

Esta revisión de la teoría populista deja en claro que si bien Laclau logró plantear una estrategia mediante la cual el Pueblo se configura como Sujeto y “llega al poder”, el populismo no generó una verdadera transformación de la realidad ya que el Pueblo, sumido en su Inocencia, quedó anquilosado al lugar de la demanda constante y nunca toma las riendas, es decir, nunca se hizo cargo de sus propias demandas. Es por esta razón que Selci se propone radicalizar el populismo a partir de los aportes del materialismo didáctico para llevarlo a su siguiente nivel: el de la interiorización del antagonismo. En el segundo capítulo se analizan justamente los resultados de dicha interiorización y el surgimiento de la batalla cultural –es decir, la disputa por el sentido común de la sociedad- en el seno del Pueblo entre los Politizados y los Cualunques; el autor retoma entonces la cuestión de la apariencia de sustancialidad y su consiguiente Inocencia y explica que

“la conciencia politizada concibe el mundo como algo atravesado por un antagonismo social tremendo sobre el cual tiene responsabilidad de

intervenir, mientras que el cualunquismo concibe el mundo como un orden dado antepredictivamente, respecto del cual es Inocente” (84)

Y esta concepción vinculada a la manera de posicionarse frente a la objetividad y a la responsabilidad que nos atañe, es lo que marca la principal diferencia entre estos sujetos: la demanda del Cualunque deriva, justamente, de la no aceptación de la responsabilidad sobre el Mundo. Esta afirmación vuelve a poner sobre la mesa la “unidad de análisis” de Laclau: la demanda – que, en este caso, es lo que diferenciaría al sujeto politizado que se hace cargo del Mundo del sujeto cualquier. En este punto, Selci encuentra la otra debilidad de la teoría del populismo que tiene que ver con que si bien Laclau toma la noción de demanda del psicoanálisis no repone el trasfondo lacaniano del concepto; en efecto, la dinámica del deseo demuestra que no sólo toda demanda es insaciable sino que además es imposible llegar a la última demanda – siempre hay una más en tanto es imposible de satisfacer. Con esta vuelta lacaniana, Selci llega a la cima de su ensayo y logra responder la primera parte de la pregunta inicial: ¿por qué perdimos?, ¿qué es lo que hizo fracasar a las experiencias populista?: “*precisamente, lo mismo que lo hizo triunfar: las demandas*” (92) (la cursiva es del original). La pulsión demandante del sujeto cualquier hace entrar al populismo en un círculo vicioso: cuanto más intento satisfacer las demandas, más en deuda estoy; se configura así una especie de goce

inútil de la demanda que termina, finalmente, despolitizando al Pueblo.

En este sentido, el Politizado sería aquel que ha logrado desmontar la pulsión y suspender el goce; ya no demanda, sino que se hace cargo. ¿Pero qué significa hacerse cargo? El ensayista lo deja bien en claro: hacerse cargo es poner el cuerpo y, a su vez, y este es, quizás, el punto más polémico del ensayo, poner el cuerpo es entrar en una Organización. De esta manera, se empieza a diagramar la respuesta a la segunda parte de la pregunta inicial: ¿qué significa ganar?, ¿cuál es la estrategia para “ganar”?; sin lugar a dudas, para Damián Selci, la clave está en la conversión del Politizado en un Militante orgánico.

El tercer capítulo se encargará entonces de abordar esta cuestión a partir de la teoría del Acontecimiento de Alan Badiou y la caracterización de la subjetividad militante mediante las cualidades del sujeto fiel “que vive de acuerdo a las consecuencias del Acontecimiento y además se toma el trabajo “producir sus efectos”, de llevar el Acontecimiento a todas partes” (110). Sin embargo, este no es el fin del asunto; si bien uno podría pensar *Teoría de la militancia. Organización y poder popular* como una especie de oda a la Organización², Selci no es ingenuo y sabe, por experiencia, suponemos, que militar en un colectivo no es tarea sencilla. Surge así la tercera y última contradicción entre el Ego y la Organización: cuando el Politizado pone finalmente el cuerpo y se hace cargo de los antagonismo de la realidad, se da cuenta que la disciplina orgánica le solicita que deje su Ego de

² De hecho, el epígrafe que abre el libro, perteneciente a *Punctum*, el emblemático poemario de Martín Gambarotta, no deja lugar a dudas: “Para

Gamboa la organización/ no es la cosa más bella,/ la organización es la belleza misma”.

lado – es decir, que obedezca y siga la línea, la orgánica y la lógica de su espacio de militancia; como contraparte, el Ego experimenta a la Organización como una sustancia externa que lo obliga a hacer determinadas cosas. Siguiendo la dialéctica hegeliana de la negación, Selci concluye que la superación de esta contradicción se da con la figura del Cuadro Político quien descubre que la Organización está en él y que, por consiguiente, debe hacerse cargo de la misma; este sujeto que ha dejado que la Organización permee completamente su personalidad y su cuerpo abandona entonces su individualidad y adopta una vida no-individual. Cuando tenemos la Organización en nosotros, cuando nos hacemos cargo de la Organización –es decir, cuando el Ego la interioriza-, la Organización se vuelve sujeto –la Organización interioriza el Ego- y surge la responsabilidad de la toma de decisiones (133-136).

Planteado en estos términos, la noción y la conformación del sujeto militante organizado en Cuadro Político pareciera ser una especie de depuración que, en muchos pasajes, adquiere cierto tono religioso o hagiográfico – incluso, hay varias alusiones a la figura de Cristo. No obstante, esto no es algo que ocurra sólo en este ensayo en particular sino que incluso podríamos rastrear en las configuraciones del sujeto revolucionario y/o comprometido que se empieza a forjar en la década del '60 y que pone el foco en el total sacrificio de lo individual en pos de la Causa. Selci argumenta que en realidad esta lucha del sujeto contra sí mismo, contra su Ego, no tiene que ver

con una filosofía metafísica sino con la estrategia material de bloquear el campo de acción del enemigo; si me vuelvo un incorruptible, si me transformo en alguien invulnerable a la política del enemigo, ya no hay hegemonía que pueda controlarme/convencerme³.

Todo esto nos conduce a las hipótesis finales del ensayo. Para llegar al punto culmine de su planteo, el autor diferencia los conceptos de sujeto y subjetividad: mientras que el primero es quien hace las cosas, el segundo indica la forma en que el primero realiza sus acciones. Esto le permite afirmar que su teoría de la militancia es, por tanto, una teoría de la subjetividad política en la que el Pueblo sigue siendo el Sujeto – como en la teoría de Laclau- pero en el que la subjetividad política es la del Militante como sujeto que asume la responsabilidad de transformar el Mundo. De esta manera, Selci logra articular las teorías de Laclau y Badiou a través del materialismo dialéctico para configurar, a su vez, una estrategia que transforme el populismo en Poder Popular, es decir, en la capacidad del Pueblo de hacerse cargo de todos los asuntos que tienen que ver con el gobierno de sí mismo.

En definitiva, lo que parece regresar es la utopía. Y no cualquier utopía: es la Utopía del País Militante. Frente a la depresión de la actual crítica cultural, frente a la duradera sensación de pérdida que impuso la derrota de los movimientos populares en la década del '70, frente al embate de la política neoliberal y de ultraderecha de los últimos tiempos, se empieza a vislumbrar una salida que, más allá de las diversas maneras en las que

³ Por eso, frente al Cuadro Político lo único que le “queda” al Enemigo para mantener su poder es el exterminio.

pueda llegar a adoptar/adaptar como un plan de lucha, abre el campo teórico para diagramar ya no simples resistencias sino verdaderas estrategias políticas. Como dice Martín Rodríguez en la Nota final que cierra el libro, *Teoría de la Militancia. Organización y poder popular* es, sobre todo, una ampliación del campo de batalla.